

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. . . . . 4 reales.
Por tres id. . . . . 11 »
Por seis id. . . . . 21 »
Por un año. . . . . 40 »

Sale los miércoles y sábados.
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis- tracion. . . . . 15 reales.
Por seis id. . . . . 28 »
Un año id. . . . . 50 »
ESTRANJERO, tres meses. . . . . 30 »
ULTRAMAR, un año. . . . . 6 pesetas
Se suscribe en la Habana:—Propaganda hte- raria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ

El espíritu de especulacion acaba de hacer un milagro de los más gordos.

Madrid está convertido en puerto de mar.

Este pensamiento pudiera ser mio, si antes no hubiera tenido Camprodon la feliz ocurrencia de ponerlo en boca de un personaje de sus zarzuelas.

¿Y cómo se ha realizado esta importante mejora?

Un cartel que pueden Vds. haber leído por las esquinas lo dice bien claro.

Una empresa ha acometido la obra colosal, más colosal que todas las que pueda acometer Fernando Lesseps, el itmo de Suez inclusive.

Esta empresa ha hecho del Retiro un pequeño mar para recreo y pacifico encanto de los madrileños.

Observo que la admiracion abre de par en par las respetables bocas de mis lectores.

No importa. La admiracion es justa, justísima en el presente caso. Toda obra que lleva en sí el signo de lo útil y de lo grande produce siempre el mismo efecto.

A TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi).

(Continuacion.)

Usando los dos métodos, se habia granjeado la estimacion de todos los enfermos.

Su gabinete no tenia nada que diese a entender su profesion. Era un elegante gabinete, más bien propio de una señorita que de un hombre de ciencia.

Jacinto pidió permiso, y despues de haber estado esperando en el recibimiento a que salieran otras víctimas, entró por fin. Habiale tocado la vez.

—Muy buenos dias, señor doctor, dijo Jacinto al penetrar en el santuario por debajo de una gran cortina de damasco que el criado acababa de levantar.

—Bon jour, mon cher! contestó el doctor en apacible y hermosísimo francés.

Jacinto no le entendió: entre varias debilidades, el hijo de los fabricantes de fósforos habia tenido la de no aprender francés. ¡Tenia la pronunciacion puramente madrileña, inmaculada, exenta de todo tinte extranjero!

Esto le causó algun embarazo cuando notó el desenfado con que se espresaba el doctor en correcto francés. Naturalmente, Jacinto no podia dudar que su curacion era segurísima, supuesto que el doctor hablaba el idioma de Rousseau y de Mandrin.

—Ha de saber Vd., señor doctor, que me ha cogido un aire.

—¡Allons!

Jacinto se paró. Este allons le supo mal. ¿Qué quería decir allons, se decia?

—Pues bien, prosiguió, no ha sido en allons donde lo he cogido, sino en la calle del Sordo.

—Allons donc! murmuró el elegante médico.

—Dále, le digo a Vd. que no. En fin, yo salia de La

Ya saben Vds. que en el Retiro hay un estanque, el cual sirve, como es antigua costumbre en todos los estanques, para tener agua a disposicion de los peces, los patos y los pajarillos que en él apagan su sed revoloteandó, como diria un poeta.

Este estanque tiene unos 1.018 piés de largo; más que ningun madrileño, y eso que los hay con muchos piés.

¿Qué le faltaba a este estanque para convertirse en mar?

Vamos, échense Vds. a adivinar.

Pues no le faltaba más que unos botes para que la gente pudiera pasearse por él, y esto es lo que ha hecho la empresa que ha echado sobre sus hombros la responsabilidad de hacer un pequeño mar dentro de la corte de España.

Cumplido su propósito, solo espera que los espectadores se decidan a embarcarse.

En Alicante, en la Coruña, en Cádiz, en San Sebastian, en Santander y otros puertos de mar no tan tranquilos como el de Madrid me he metido en un bote por un real.

Si he querido tomar un bote para mi uso particu-

lar me ha costado una peseta, y por este precio iba yo como un señor.

En esos puntos habia eso que se llama peligro, y por lo tanto el bote necesitaba ser manejado por manos duras y experimentadas.

En Lisboa me llevaban en vapor por un real a cualquiera punto, atravesando el Tajo.

Pues bien, todos esos mares deben ser como un barreño de agua comparado con el mar de Madrid.

Y si no juzguen Vds. por el precio:

Una vuelta por el estanque. . . . . 3 rs.

Un bote por una hora. . . . . 60 rs.

En vista de estos datos no me negará el más recalcitrante marino que el mar de Madrid es más peligroso; y efectivamente, si Vd. se cae puede romperse las narices contra el suelo, que es de piedra berroqueña, mientras que en los demás puntos que he citado nadie puede calcular a punto fijo si llegará al fondo.

Indudablemente la empresa que ha tomado el monopolio de este mar, cree de buena fé que aquí estamos todos esperando, con el dinero en la mano, a que venga un señor a decirnos: ¿se quiere Vd. embarcar? ¡Sesenta reales por un bote! Es decir, que con poco

Dulce Alianza, cuando de repente ¡pif! y ya ve Vd. cómo tengo la cara.

—¡Parbleu!

—¿Eh?

—¡Pues!

Jacinto empezaba a inquietarse con el francés del doctor. En verdad que no le hacia mucha gracia pagar en español para que le curasen en francés. Por fin se atrevió a decir:

—Mire Vd., señor doctor, ó Vd. no me entiende, ó yo no me explico bien.

—Mais si, mais si... Cet que je parle francais... ¿No sabe Vd. francés?

—Ni me ha hecho falta hasta ahora. Si yo hubiera sabido que para curarme una enfermedad era necesario saber francés, crea Vd. que lo hubiera aprendido.

—¡Oh, que il est bete!

—¿Qué dice Vd.?

—¡Que es una lástima! Porque ya todo el mundo sabe algo de francés.

—Y diga Vd., ¿los que saben francés están exentos de dolencias?

—¡Hombre, eso no!

—Y si yo supiera francés y en vez de pagar a Vd. en dinero le pagase en francés, ¿se daria Vd. por pagado?

—¡Encor non!

—¿Ancora? ¿De escape?

—Digo que no me daria por pagado.

—En este caso no veo la utilidad del francés aplicada a esta cara que tengo descompuesta.

—Eso no vale nada.

—¡Ya! Pero estoy para casarme, y por causa de esta pegiguera se ha aplazado la boda, y esta pegiguera me pone en ridiculo, porque todo el mundo, desde mi novia hasta mi mamá, se rien del gesto que pongo, que debe ser un gesto muy extraordinario. ¿Ve Vd.?

—Sí, sí, ya veo... ¡los nervios!

El elegante doctor se reclinó de nuevo en la butaca

y alargó el brazo para coger el pulso de Jacinto.

Un momento de silencio, mientras el doctor calculaba las pulsaciones del amante contrariado.

Por fin exclamó, suprimiendo el francés:

—Si, es preciso... Tiene Vd. que tomar las aguas de Vichy.

—Bueno, contestó Jacinto, creyendo que las aguas de Vichy las encontraria en cualquiera botica. Póngame usted la receta y mandaré en seguida por esa agua.

—No, tiene Vd. que ir a Vichy.

—¿Y dónde está eso?

—En Francia.

—¡Dale con Francia! ¿Con que sabe Vd. que no he estudiado el francés, y quiere Vd. que vaya allá?

—Las aguas entienden todos los idiomas.

—Ya, pero ¡los hombres!

—Yo no le mando a Vd. que vaya a tomar los hombres, sino las aguas. Sus propiedades son extraordinarias. Curan todas las afecciones del estómago, todos los desarreglos de las visceras...

—¿Viseras?

—No, visceras.

—¡Ah, ya, que creia que hablaba Vd. de las viseras de las gorras!

El doctor no pudo reprimir esta exclamacion en francés:

—¡Oh, qu'il est bete, mon Dieu!

Jacinto, como que no le habia entendido, siguió tan fresco, replicando:

—Con que es decir que en Vichy se curan los desarreglos del estómago... ¿y cree Vd. que esto mio proviene del estómago?

—No; pero en Vichy hay fuentes con distintas propiedades: una para el estómago, otra para el vicio sórico, otra para la orina...

—Yo orino bien... hasta la pared de enfrente.

El doctor contuvo a duras penas la risa, y prosiguió:

más tiene Vd. para ir y volver á San Sebastian, ver el mar, embarcarse y hasta ahogarse en él si le da la gana.

La empresa del mar de Madrid se ha engreído con las glorias.

Yo quisiera más agua y menos bote.

Pero ella por lo visto quiere más dinero que agua.

Tres reales por dar una vuelta me parece soberanamente caro.

Si al menos le permitiesen á uno llevar escopeta y cazar patos, podría encontrar alguna compensación.

¿Pero tres reales por un paseo en un mar sin borascas?

¿Sesenta reales por un bote?

¡Pues si por sesenta reales me trae el aguador un mar á mi casa!

Resultado:

El público de Madrid ha ido á ver su pequeño mar, y se ha quedado como quien no ve nada.

El mismo estanque, la misma agua, los mismos peces y los mismos patos.

Carrozas para pasear... Muy bien...

—¿Quiere Vd. cuatro cuartos, señor marinero?

—No señora, tres reales.

—Por tres reales tengo yo pa un bisté con patatas.

¡Miste que Dios! ¡Pues ni que llevara usted la Numancia de Mendez Nuñez!

¡Pues señor, no me embarco!

Luis Rivera.

FILOSOFÍA DEL ZAPATO

Hay entre los refranes uno que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres.»

Una visita que he hecho recientemente á mi zapatero me ha demostrado que es preciso modificar el refran. En lo sucesivo deberá decirse: «Dime cómo te calzas y te diré quién eres.»

En efecto; por el calzado se llega á conocer mejor

—Lo único que no hay en Vichy es una fuente para curar los males del interior del cerebro, como la tontería...

—Sí, entiendo, interrumpió Jacinto, que no había dejado de comprender la indirecta del médico; entiendo perfectamente, entre las enfermedades del interior del cerebro se encuentran la tontería, el hablar francés y otras muchas que no son del caso enumerar.

El doctor se mordió los labios; y despues de dar una vuelta en la butaca, se levantó y sacó de una caja homeopática de marfil algunos globulillos, que encerró en un papel, dándoselos á Jacinto.

—Disuelva Vd. estos globulillos en seis cucharadas de agua; tome Vd. tres cucharadas al día, y vuelva usted mañana.

II.

Llegó Joaquín á casa de sus padres con los globulillos en el papel, pidió agua, hizo la disolución, tomó la primera cucharada y en seguida se miró al espejo.

—¡Estás bien, Jacinto, se dijo; hasta yo mismo me rio de tí! No te falta más sino que te saquen en una caricatura de GIL BLAS. Es preciso á todo trance que quitemos este estorbo que Dios me ha puesto en la cara. Y lo siento, porque no me gusta mucho tener que enmendar la plana á la naturaleza; porque segun dicen todos los sábios nacidos y por nacer, la naturaleza es una madre, y una madre sabia, que es como si dijéramos dos madres. Francamente, no comprendo á qué pueda conducir esto que yo tengo. Porque una de dos: si la naturaleza ha hecho bien en hacerme esta gracia, yo hago mal en deshacerla; y si la naturaleza ha hecho mal, la naturaleza ni es madre, ni es sabia, ni siquiera persona digna de respeto. No quiero adularme; pero me parece, sin vanidad, que yo tenía una figura simpática; podía aspirar á los triunfos del amor; para ello contaba con mis pocos años, mi cabellera abundante y mi pantalon de campana. Si me hubiera

que por la cara á un individuo, y como andando el tiempo, si avanzamos en hipocresía iremos siempre con los ojos mirando al suelo, bueno es que nos acostumbremos, y ya lo estamos, á conocer por el calzado la edad, el carácter, los instintos y las costumbres de los hombres, de las mujeres y de los soldados, como dijo la famosa criada del chascarrillo.

Mi visita á mi zapatero me ha demostrado que este es un hecho consumado.

—Tenga Vd. la bondad, querido mio, me dijo el zapatero (¡hay que advertir que le pago con puntualidad!!!) de recorrer conmigo los escaparates de la tienda, y verá Vd. la exactitud de mi teoría. Hé aquí, añadió, los zapatos para los niños, el primer paso de la vida. Casi todos son blancos ó de color de rosa: ¡inocencia y felicidad! Porque al llegar á este período de la vida nos pondrán andadores... ¡Oh! Si no nos moviéramos... ¡qué quietos, qué tranquilos viviríamos!

El zapatero empezó á parecerme un filósofo.

—Estos otros zapatos son los que aquí llamamos de colegial, zapatos de batalla, duros de suela, feos de forma, becerro puro... son la crisálida de la bota. Sirven para salir del paso: con efecto, los chicos les dan un trote que horroriza á los padres. Estos zapatos son como los que los llevan, ni niños ni hombres, ni carne ni pescado.

Dos ó tres años más, y el chico será joven, y no querrá calzarse más que

Botitas de charol. Este calzado representa las esperanzas, las ilusiones. El que las lleva siente ya la belleza, adivina los goces de la coquetería, comprende la importancia del taconeó. En una palabra, busca ya el

Zapatito de saten blanco, la elegante botita de seda, los escarpines de charol de la niña de quince abriles, pero solo los busca para walsar con ellos.

Aquellos botitos y estos zapatos están cantando á todas horas la bella frase musical de Verdi:

¡Amor, sublime amor!...

Pero de aquellos walses vienen estos matrimonios; y

visto condenado en lo mejor de la edad por la mano de Dios como expiación de mis faltas, nada tendria que añadir. Dios es Dios, y sabe lo que se hace. Pero que en vísperas de mi boda, yo, un joven casi casto, al salir de la Dulce Alianza me vea acometido por un aire al cual no he hecho mal ninguno, con el que no he tenido trato ni malas palabras, y este aire venga de sopeton y cambie la natural gracia y posición del semblante que Dios me había dado como su pasaporte para viajar por estos barrios, es cosa que me desespera. ¡Dios mio! Tú, que lo ves y lo oyes todo, que estás en todas partes, y por consiguiente en esta contracción de mi cara, ¿cómo sufres este ultraje? ¡Dios mio, al reirse de mi caricatura la humanidad despiadada, se rie también de tí, porque es obra tuya; y aunque tu paciencia sea infinita, yo no quiero consentirlo, y voy á poner los medios de evitarlo! ¡Iré á Vichy! ¡Iré aunque sea á Carabanchel de Abajo! ¡Papá! ¡mamá!—añadió Jacinto llamando á sus padres, los cuales acudieron inmediatamente.

—¿Has visto ya al médico? preguntó el Sr. D. Ignacio.

—Sí señor, y me ha dado la homeopatía.

—Con tal que te cure, añadió la madre, aunque yo tengo poca fé en esos globulillos.

—Pues yo tengo mucha, replicó D. Ignacio; primero y principal, porque se toma como quien no toma nada, y segundo, porque si no cura tampoco mata.

—Es el caso, que el doctor me ha mandado las aguas de Vichy.

—¿Mando por ellas?

—No, tengo que ir yo á tomarlas á la misma fuente.

—¿Y donde está ese Vicho ó Vichito?

—Vichy, mamá.

—Bueno, Vichi... ¿dónde está?

—En Francia.

—¡Jesus! dijo la madre; ¡tan lejos? ¡Tú vas á ir solo tan lejos? Te vas á perder, muchacho.

—El caso es, que al volver de casa del médico me he

el hombre casado renuncia á los botitos de charol, á los escarpines, y prefiere á las apariencias la realidad, á la elegancia la solidez.

Las botas de becerro con dos suelas, y á veces clave-teadas, son su calzado predilecto.

—Sobre todo que estén anchitas, dice... los callos me molestan.

¡Los callos! ¡qué horror! Apartemos la vista de este escaparaté para admirar las

Botas de montar. ¡Oh! Sí, son el pedestal de un figurin. Por fuera lujo, elegancia; ¡por dentro... nada!

Estas botas dejan adivinar un látigo, un bigote retorcido, un lente, una sonrisa de desden, una cabellera rizada... y un sendo batacazo en su día.

A su lado están las botas de baile, que imitan en el empeine las medias de seda bordadas.

Los tenderos que se enriquecen, los que nunca se han visto en otra, usan este calzado ambicioso, chillon, teatral.

Basta: ya sabemos que tienen Vds. dinero, pero en cuanto á sentido comun, en cuanto á buen gusto, son ustedes pobres de solemnidad.

Zapatos propiamente dichos. Indican la modestia, el desden, la economía. El que los lleva los ha pagado, lo que no sucede siempre con el calzado de lujo. Revelan además amor á la comodidad: nada más fácil que convertirlos en botitos con unas polainas.

Esto es decir: quiero y no puedo.

Aquí están los zapatos bajos con lazos: los maestros de primeras letras, los de baile, los mozos de café; hé aquí los que los usan.

Por nada del mundo renuncian á ellos; ¡son tan graciosos!

¡Ah! se me olvidaba; los viejos verdes los emplean como un recurso infalible para sus conquistas amorosas.

Siguen las zapatillas: las de tapicería para los hombres arreglados; las de cordobán encarnado para los elegantes; las árabes ó chinelas para los hombres de ima-

encontrado en la calle un amigo, el cual me ha dicho que Vichy está muy lejos, y que en la misma Francia hay aguas que están más cerca.

—Pues vas á las que estén más cerca.

—Lindando con España están las Aguas-buenas...

—Hombre, esas aguas no pueden ser malas, toda vez que son buenas.

—No, y cuando le pusieron Aguas-buenas, por algo sería.

—¡Claro! A esas aguas debes de ir.

—Eso mismo he pensado yo, únicamente he titubeado por si acaso estas aguas no tenían las mismas propiedades que las de Vichy.

—¿Pues no han de tener, hombre? dijo la madre, que á todo trance queria que su hijo fuese lo menos lejos posible. ¿No han de tener la misma propiedad? Las de Vichy, ¿no son aguas francesas?

—Sí señora, contestó Jacinto.

—¿Y las de los Pirineos de Aguas-buenas, no son también francesas?

—Tambien.

—Entonces, ¿qué duda tienes? Todas son francesas, y por consiguiente serán iguales. Yo he gastado durante muchos años el agua de Barcelona comprada en distintas tiendas, y toda era igual, siempre de Barcelona. Por lo tanto, aunque tomes en distintos puntos esa agua, siempre será agua francesa.

La lógica de la señora Gertrudis no convenia á Jacinto; pero el padre vino á decidirlo diciendo:

—Una vez que se llaman Aguas-buenas y que va á tomarlas tanta gente que sabe dónde le aprieta el zapato, no deben ser malas. Y por último, si no te curan, te vas á Vichy ó á donde sea preciso, aunque sea al imperio del Gran Turco.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

LAS MAÑANITAS EN EL RETIRO



El juego del aro.

Las pollas.—¡Así va bien, pero lo tiras muy alto!

Los pollos.—(Cuanto más sube, aun más la vista bajamos.)

ginacion; las de pieles para los viejos; las de orillo para los que veneran la tradicion y para los conservadores; las que están adornadas con encajes, cintas ó hebillas para las damas que dan el pié con riesgo de que les tomen la mano... etc., etc.

—Ya lo vé Vd., amigo, añadió el zapatero: he estudiado mejor á los hombres en los zapatos que en los libros. Ellos revelan los caracteres y los defectos del género humano; y esto sin contar con las investigaciones que puede uno hacer mientras se prueban el calzado los parroquianos. Así, por ejemplo, los que tienen mal genio se prueban veinte pares, no hallan ninguno que les guste y rabian; los distraídos se prueban el zapato del pié derecho en el izquierdo; los cándidos creen lo que les dicen, como que la piel se encoge con el calor y se ensancha con el frio; los vanidosos se llevan los botitos aunque les hagan ver las estrellas si uno les dice que tienen piés aristocráticos; las niñas que desean casarse se conocen en que al decirlas que las botitas que se

prueban han sido hechas para una novia, cargan con ellas aunque sean de charol de Cataluña.

—Pero, maestro, le interrumpí, si Vd. conoce los defectos de la humanidad, ¿por qué no los corrige?

—¡Ay, amigo, yo sé los puntos que calzan los que aquí vienen, conozco la horma de sus zapatos, pero no está el cuero para hacer correas, y ya me he convencido de que se gana poco en este mundo echando medias suelas y tacones. Los que tal hacen no llegan á ser nunca más que zapateros de viejo.

J. A.

TRES ÉPOCAS

I.

—Isabel, yo te idolatro. —Enrique, tú eres mi bien! —Yo solo vivo, ángel mio, cuando de tu reja al pié escucho, llena mi alma

de inexplicable placer, tus suspiros, que son fuego, tus palabras, que son miel. —Y yo, Enrique, solo vivo cuando te oigo encarecer la fé de tu amor, apoyo de mi amor y de mi fé. —Oh! mi cariño es inmenso. —El que te guardo tambien. —Yo vivo porque tú vives. —Si tú mueres, moriré, y adios que ya viene el alba. —Hasta la noche, Isabel.

(—¿Cuándo será mi marido?) —(—¿Cuándo será mi mujer?)

—Hace un mes que nos casamos. —No digas que hace ya un mes ó añade que ha trascurrido con horrible rapidez. —¡Es verdad!... cuando contemplo el alegre rosicler de tus pálidas mejillas

y tus labios de clavel  
y la luz de tu mirada,  
ó recostado á tus piés,  
beso tus manos, fragantes  
como en abril el vergel,  
ó juegas con mis cabellos,  
deleitosa languidez  
me abrumba y hallo en la tierra  
las venturas del Eden.  
—¡Enrique, cuánto te amo!...  
—¡Cuánto te adoro, Isabel!...

—(¡Qué bueno es tener marido!)  
—(¡Qué hermoso es tener mujer!)

III.

—Caballero, usted me falta.  
—Y usted falta á su deber.  
—Soy una mujer honrada.  
—Y un mueble inútil tambien.  
—Usted me ha engañado, infame.  
—A mí me ha engañado usted.  
—Tengo una vida de perros.  
—*Idem per idem.*

—¡Cruel!...  
Mejor estaba en mi casa,  
¿por qué me casé, por qué?...  
—Yo me pregunto lo mismo  
y no acierto á responder.  
—Es preciso arreglar esto,  
—Amen.  
—Pero á escape.  
—Amen.  
—¡Y aun hay mujeres que enviudan  
y se casan otra vez!...  
—¡Y hay quien se casa, pudiendo  
echarse al cuello un cordel!

—(¿No se morirá este hombre?...)  
—(¿Será eterna esta mujer?...)  
Pedro María Barrera.

CABOS SUELTOS

El nudo del matrimonio se parece al de la corbata,  
con tirar de un extremo se deshace.

El café se parece á la mujer, en que no deja dormir.

Ayer me tiró Sinforoso una pesa de seis libras á la  
cabeza; y luego se incomoda porque le digo que gasta  
bromas pesadas!

Voy á escribir una obra titulada *Fidelidad*, á ver  
cuántas mujeres se suscriben.

Tengo un amigo que sin llamarse «liga» se pega que  
es un gusto.

De las Memorias de Marion Delorme, extracto este  
renglon:

«¡Oh, las mujeres, las mujeres!»  
Esto me hace pensar que si una ostra llegase á escri-  
bir sus Memorias, podía muy bien exclamar:  
¡Oh, las ostras, las ostras!

En uno de los últimos números hablamos de las cor-  
ridas de toros bajo su aspecto moral.  
Oigamos á *La Correspondencia*:

«La corrida de toros de la ganadería de la señora viu-  
da de Mazpule, que el picador Ceferino Lozano llevó á  
Palma de Mallorca y que se lidió el 11 del corriente por  
Bocanegra y Frascuelo, ha salido sobresaliente, habien-  
do matado veintitres caballos. El público ha quedado  
contento.»

Vamos á lo gordo; prescindamos aquí de la noticia de  
haberse llevado á Palma una corrida de toros, que á  
esas y otras nos tiene acostumbrados *La Correspondencia*.

¡Han muerto veintitres caballos! ¡Magnífico! ¡El pú-  
blico tan contento!

No hablo con Vds., señores extranjeros; no lean us-  
tedes estas cosas porque no quiero que se vayan á figu-  
rar que no estamos bien civilizados, y que no sabemos  
guardar las tradiciones de nuestros mayores.

A la catástrofe del camino de hierro de Lyon hay que  
añadir la del terrible incendio en Burdeos, ocasionado  
por el aceite petróleo.

Está visto, que todas las noticias gordas vienen ahora  
de Francia.

D. Gaspar es un hombre aficionado al mosto, y más  
aficionado todavía á no pagar lo que bebe.

Ayer lamentándose, decia:  
—Estoy lleno de acreedores.  
—Pues es claro (le contesté); ¿á quién se le ocurre ir  
á *Turquia* por *Inglaterra*?  
Se me quedó mirando sin comprenderme.

Las correspondencias de Paris vienen llenas de deta-  
lles sobre las muchas construcciones que se llevan á ca-  
bo y otras que se proyectan en aquella capital.

Mientras en Paris se construye, en otras partes se  
destruye. Todo es conveniente para el progreso.

Arderius ha llegado á Madrid.  
Le he dado un abrazo, pero no lo he podido estre-  
char, porque ya viene demasiado estrecho.  
En cambio, trae el bolsillo esponjado.  
Entre Barcelona y Zaragoza ha sacado un buen pelliz-  
co, despues de cumplir sus compromisos con los bufos.  
Hé aquí el primer anuncio del jefe de los bufos apenas  
llegado á la córte:

Á LAS AGRAVIADAS.

«La empresa de LOS BUFOS MADRILEÑOS hace saber á  
todas las jóvenes que, por cualquier circunstancia, no  
hayan sido admitidas en el teatro de la Zarzuela, que  
presentándose en el teatro del Circo de doce á tres de la  
tarde, serán admitidas, sin más condiciones que las de  
tener una figura agradable.»

¡Oh, graciosísimo bufo! ¡Gracias, gracias en nombre  
de la belleza desvalida!

Tú no pides gollerías. Tú te contentas con lo que el  
género puede dar buenamente.

¡Figura agradable! ¡Qué más podremos desear yo, tú,  
el ó aquel?

Un recuerdo de Toledo:  
Cierta dia que yo, en compañía de otros amigos, visi-  
taba las antigüedades artísticas de esta ciudad, nos para-  
mos delante de una fachada árabe. El *cicerone* se diri-  
gió á mí, que me habia quedado detrás contemplando  
aquel prodigio del arte, y me dijo con aire de orgullo:

—¡Eso no lo hay más que aquí!  
—En Granada tambien, murmuré yo algo picado.  
—¡Cá! repuso el *cicerone*; lo de Granada es más mo-  
derno.  
—Pero es árabe puro.  
—Esto es más puro y más antiguo.  
—Todo lo de Granada es del tiempo de los árabes.  
—¡Pues lo de Toledo es anterior á los árabes! me re-  
plicó el *cicerone*, y se quedó tan satisfecho.

Un asturiano vino á pretender con ciertas recomen-  
daciones para un paisano suyo, que era subsecretario.

Despues de recibirlo, le dijo:  
—Voy á darle á Vd. una plaza de sereno.  
—Yo no me contento con una plaza de sereno, res-  
pondió el asturiano.  
—Buéno, pues le daré á Vd. dos.

¿Saben Vd. que Mr. Lambert prepara en Paris una  
expedicion al polo Norte?

Pues á propósito de esto, dice el *Standard* de Lón-  
dres:

«Los franceses se distinguen por sus escentricidades  
en materia de suicidio. El último ejemplo es el que va  
á daros Mr. Lambert, que abriga la intencion de descu-  
brir el polo Norte.»

El chiste, en boca de un inglés, que es la escentricidad  
en general, y en particular tratándose de viajes, me pa-  
rece de lo más delicioso que se conoce.

El fondo de ciertas personas es como el fondo del mar,  
muy oscuro.

(Esta es la idea más profunda que se me ha ocur-  
rido.)

Un hombre distribuia ayer prospectos á todos los que  
pasaban por la calle de la Montera.

Yo recibí el mio, y un caballero que pasaba al mismo  
tiempo, alargó la mano para coger otro.

—No, á Vd. no, dijo el que los distribuia, retirando  
los prospectos.

—¿Por qué? exclamó el caballero cuadrándose.  
—Porque se deja Vd. toda la barba, y yo anuncio na-  
vajás de afeitar.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior: *Asteria*.—  
Idem al Jeroglífico: *Un poeta, un amante, un cantor y un ca-  
ballo viejos, no valen un pito.*

CHARADAS

1.ª

Imperativo es primera;  
si segunda repitieras  
es animal de este modo;  
mas no es posible ir al todo  
en tren, porque no hay tercera.

2.ª

Tercia y cuarta se casó  
con mi primera y segunda,  
y de tan feliz coyunda  
solo el todo les nació.

(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS

TERMAS DE MATHEU EN ALHAMA DE ARAGON

TOCANDO CON LA ESTACION DEL CAMINO DE HIERRO.

La pulverizacion de los 222 litros por segundo del agua  
calificada de termo-acidulo-carbónico-ferrosa-azoadá que  
se precipita en la gran cascada, cura radicalmente la co-  
queluche por medio de las inalaciones, que son igualmen-  
te un poderoso remedio para las enfermedades de los ór-  
ganos respiratorios. Encima de los establos de vacas hay  
habitaciones para los que necesitan respirar una atmósfe-  
ra saturada con los gases de aquellas. Las aguas tienen un  
gusto esquisito: tomadas en baño é interiormente curan el  
reuma, cualquiera que sea su procedencia; así como la pa-  
rálisis, enfermedades de la orina, de la matriz, del estóma-  
go, las heridas producidas por arma de fuego ó blanca,  
aunque haya cárie en los huesos, y otros males. Los pre-  
cios de alojamiento y comida varían de 20 rs. á 50. Los jar-  
dines, frondosas alamedas y paseos, el gran lago termal  
con sus cinco falúas, y otras distracciones, hacen agrada-  
ble la estancia en esta deliciosa finca.—1.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de  
becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén,  
charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo  
más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, núme-  
ro 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud  
y economía.  
Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petas-  
cas, carteras, etc. etc.

AL BELLO SEXO

ACEITE DE BELLOTAS PARA EL TOCADOR.

La importancia de poseer un buen cabello está al alcance  
de todo el mundo. Como adorno natural al cráneo y á la fisio-  
nomía, diré que las diosas del Olimpo están representadas  
con magníficas cabelleras. Como higiénico á los diversos ór-  
ganos de la cabeza, está recomendado por todos los sabios mé-  
dicos, desde Hipócrates al doctor Debay. Las virtudes del aceite de bellotas es-  
tán recomendadas por *veintidos periódicos*, con preferencia á los demás aceites  
y pomadas para dirigir, conservar un buen cabello, contener su caída, repro-  
ducir el perdido, lustrar y hermosearlo, precaver y ocultar las canas, corregir  
enfermedades epidémicas que atacan las raíces y lo aniquilan. Se vende á 6,  
12 y 18 rs. frasco. Calle de Jardines, núm. 5. El inventor, L. de Brea y More-  
no, proveedor de SS. AA. RR.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.